

# A través del espejo

## Respuesta a Jesús Silva-Herzog Márquez

Hugo Hiriart

Nuestro orador, Jesús Silva-Herzog Márquez, proviene, como saben, de una familia prócer.

A su abuelo, el economista, periodista, historiador, político, escritor don Jesús Silva Herzog (nacido en 1892) lo vi una sola vez. Era impresionante, me pareció alto, corpulento, vociferante con voz de profeta, *en México hay hambre, hay hambre...* Mi hermano, que estudiaba economía, era admirador suyo y me llevó a oírlo en una conferencia, si no me acuerdo mal porque sucedió hace muchísimos años. Mi hermano tenía graves deficiencias visuales, y yo supongo que eso lo unía más a don Jesús que, como se sabe, padecía también agudas limitaciones de la vista, porque don Jesús era un ejemplo: si él había podido llegar tan lejos, ¿por qué no había de poder mi hermano?

El siguiente ancestro, el padre de nuestro orador, es el político y economista don Jesús Silva-Herzog Flores, que como secretario de Hacienda encaró la horrenda crisis financiera en el gobierno de López Portillo, entre otras diversas responsabilidades políticas, que incluyeron su trabajo como embajador en Estados Unidos o candidato a jefe del Gobierno del Distrito Federal. Ya no siento hacia la grilla otra cosa que indignación, pero recuerdo que don Jesús combatía la pompa e inmerecida solemnidad común a los políticos con cierto humor e ingravidez frescas y reconfortantes. No hay que olvidar que toda solemnidad oculta estrategias de dominio. Recuerdo también haber visto desde lejos a don Jesús, padre, no cuando atendía sus muchas responsabilidades, sino relajado, con amigos, algún viernes en el Club Suizo, en la colonia del Valle, ya demolido, cuando iba yo ahí a beber copiosamente con mi maestro y amigo del alma, el incomparable Pancho Liguori.

El joven Silva-Herzog ha logrado sostener el peso de mantener viva esta tradición de notabilidad. Y, según parece, hasta ahora ha cumplido ampliamente con esta expectativa. Después de estudiar derecho en la UNAM y la maestría en ciencias políticas en la universidad de Columbia, en el Upper West Side de Nueva York, volvió a México y se colocó a velocidad vertiginosa entre los periodistas políticos más leídos y comentados. En sus artículos ha mantenido la fresca virtud de mostrarse impredecible, esto es, no podemos pronosticar cuál va a ser la actitud o respuesta de don Jesús ante un asunto dado. Lo que, además de hacer sus escritos siempre buscados e interesantes, quiere decir que no es doctrinario ni rígido, sino libre y espontáneo. Impredecibilidad, sutileza, honradez, imparcialidad son características que están muy lejos de ser comunes en el periodismo mexicano.

Otra rareza de don Jesús es su cultura. No se restringe a ser comentarista de la coyuntu-

ra política, sino que el universo de sus curiosidades y ambiciones es más amplio: es encarnizado lector de libros y ensayos, novedosos o tradicionales acerca de los más diversos e inesperados asuntos. Por este camino ha escrito varios libros dotados de elegante malicia.

Estos dos aspectos divergentes pueden constituir una encrucijada ante nuestro joven orador. Por un lado está la ley de hierro del periodismo, que dice que en tanto mayor es la oportunidad, la coyuntura aprovechada de un artículo, menor es su vigencia, su duración viva y más rápida su obsolescencia y reducción a la nada. El artículo oportuno muere con la oportunidad.

Pero no hay que olvidar que en México sólo entusiasmo verdaderamente, al llamado gran público, la política. Si don Jesús se aleja de la glosa política, el número de sus lectores se desploma, y con el derrumbe desaparece la oportunidad de influir en las conflictivas trayectorias de la política nacional.



Jesús Silva-Herzog Márquez en la ceremonia de su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua

Los escritos culturales, por su parte, pueden despertar en México el entusiasmo incomprendible de cuatro gatos, en comparación con los ansiosos artículos coyunturales. Esta es la mala noticia acerca de estas colaboraciones culturales. La buena es que, en cambio, el artículo cultural abre la posibilidad de la duración, sin obsolescencia alguna y, si su factura es cuidadosa, puede encontrar su destino en un libro.

A mí de plano me gustaría, como es natural, que don Jesús ampliara el teclado de sus colaboraciones hasta hacer, más que colaboraciones de actualidad en los perecederos tiquismiquis políticos, artículos acerca de la vida social, de la cultura y, bueno, también a veces, de la política, hasta alcanzar a ser una suerte de cronista crítico de la existencia del país en el siglo XXI, pero, aunque lo deseo, espero que don Jesús no me haga caso, no porque lo que le sugiero sea menso, sino porque no creo que en asuntos como estos don Jesús deba hacer caso de los consejos de nadie.

Paso ahora a formular tres observaciones acerca de la ponencia. Son observaciones sencillas, de humildad franciscana. La primera es una cosa que oí decir a Vasconcelos, cuando era yo joven, casi niño, y que cuadra, creo, con las diferencias de actitud entre Reyes y Paz. Vasconcelos formuló una distinción: unas personas se entienden con los demás peleando, otras se entienden con los demás por las buenas, negociando; las dos formas son buenas, y con ellas pueden alcanzarse muchas cosas, lo que debe evitarse es que un peleonero nato quiera actuar como sosegado y manso, o que, peor todavía, y más peligroso, es que un apacible, suave y tolerante quiera entenderse con los demás peleando. Cosa que no recuerdo que les haya sucedido ni a Reyes ni a Paz. Y de Paz quisiera recordar que si bien no se dejaba de nadie y era discutidor, tenía cuando era necesario una gran mano izquierda, y que es una de las personas, que haya yo conocido, que tenía, no sólo más conocidos, sino más amigos.

Y no sé si hayan observado ustedes que Reyes pareció siempre más grande, con más años de los que tenía. Casi adolescente disertó sobre tragedia ática, poesía de Mallarmé y del gran neoclásico Manuel José Othón, sobre una novela recóndita de los

Siglos de Oro, y no sé cuántas cosas más. Esta precocidad se pasa de *nerd*, ¿no es cierto? ¿Es ese sabio regordete propiamente un joven o nació, como la diosa, ya adulto del vientre de su madre?

En cambio Paz fue un joven perpetuo que conservó hasta el final el entusiasmo por lo nuevo y la omnívora curiosidad, la agilidad mental al ceñir temas o lanzar formulaciones inesperadas y brillantes. Cuando, con dolor, encontré enfermo al poeta, hallé que estaba doblegada la fábrica de su cuerpo, pero no el espíritu que hasta el final lo animó. Viejo nunca lo vi.

Y ya decía Aristóteles en su *Retórica* que los jóvenes son audaces, impulsivos, revolucionarios, mientras que los viejos son casi siempre conservadores y asustadizos.

Una última observación, esta sobre la conversación. En el tema de la conversación no se había gastado mucha tinta, hasta que vio la luz el gran artículo de Paul Grice, filósofo de Oxford, titulado *Lógica y conversación*. Este *paper* vino a establecer que, en la aparente y gozosa arbitrariedad de la conversación, había, no dice *reglas*, es demasiado sutil para eso, sino dice *prácticas*, que pueden describirse y codificarse en ciertas máximas. Estas prácticas mínimas, curiosas, todos las observamos, sin percatarnos, desde luego, al conversar. El principio general es que toda conversación es resultado de la cooperación entre quienes la entablan.

Por ejemplo, si te saludan preguntando “¿cómo has estado?”, la práctica es que la respuesta ha de ser breve, una, dos, tres palabras, “bien, no muy bien, *so, so*”, y viola la práctica de responder, por ejemplo: “¿Cómo estás?”, “lunes estuve bien, martes, muchos disgustos, miércoles volví el insomnio y perdí mi conejo...”. Esta respuesta viola la práctica porque proporciona más información de la que se ha solicitado. Este es un ejemplo sencillo, pero el asunto rápidamente se complica. Por ejemplo, supongamos que A y B conversan acerca de un amigo común, C, que está trabajando en un banco. A pregunta a B cómo le va a C en el banco y B responde “le va muy bien, se lleva muy bien con sus colegas y todavía no lo meten a la cárcel”. Aquí B está diciendo algo sin decirlo, y A está entendiendo lo que B sugiere. ¿Cómo es esto posible? A esto llama Grice *implicatura*.

Desde luego se ha continuado la investigación sobre el asunto abierto por Grice y se ha avanzado considerablemente.

Gran tema el de la conversación, aunque sea por su liga con el tema de la amistad; la amistad, la más serena, y al mismo tiempo más intensa, felicidad de nosotros, los pobres humanos. ¿Qué sería de nosotros sin amigos? ¿Y en qué se sustenta la amistad si no es en la conversación? ¿Qué hacen los amigos si no conversar? ¿Hay algo mejor que conversar floja y libremente con los amigos?

Aristóteles estudió la amistad en su *Ética Nicomaquea*, no en uno, sino en dos libros, estimados por mi maestro Gaos como insuperados en los dos mil 500 años que van desde su redacción hasta ahora. La verdad, la duración invicta de Aristóteles en este asunto no es tan gran hazaña porque muy pocos, poquísimos, se han percatado de la importancia del tema de la amistad y han escrito sobre él.

Y este lugar al que llegamos, el lugar de la amistad, es bueno para poner un hasta aquí a esta intervención, y la terminamos con una felicitación a nuestro joven e ilustre orador don Jesús Silva-Herzog Márquez. Gracias. **U**



Escrito leído en contestación al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de Jesús Silva-Herzog Márquez el 11 de septiembre de 2014, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, en la Ciudad de México.